

Los batallones de Atacama: alcances de una colección patrimonial

María Francisca Olivares Di-Paolo*

RESUMEN: Este artículo se centra en la figura histórica de los batallones de Atacama, unidades del ejército chileno que participaron en el conflicto bélico entre Perú, Bolivia y Chile conocido como «guerra del Pacífico» (1879-1884) desde 1879 hasta 1881. Apoyados en el estudio de fuentes, objetos y documentos que conforman la colección patrimonial de dichos batallones conservada en el Museo Regional de Atacama, pretendemos aportar al quehacer histórico regional, reconociendo los alcances y el valor tanto de los combatientes voluntarios como de la población atacameña en su conjunto, que no se mantuvo en absoluto ajena a los acontecimientos.

PALABRAS CLAVE: Guerra del Pacífico, batallones de Atacama, colección patrimonial, sociedad atacameña

ABSTRACT: This article focuses on the historical figure of the Atacama battalions, units of the Chilean army that took part in the war between Peru, Bolivia and Chile known as the «War of the Pacific» (1879-1884) from 1879 to 1881. Supported by the study of sources, objects and documents within the patrimonial collection of the battalions, preserved in the Regional Museum of Atacama, we intend to contribute to the regional historical work, recognizing the scope and value of both the volunteer fighters and the Atacama citizens, which did not remain at all unrelated to the events.

KEYWORDS: War of the Pacific, battalions of Atacama, patrimonial collection, Atacama society

* Licenciada en Historia con mención en Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Gestora cultural e investigadora asociada al Museo Regional de Atacama.

Cómo citar este artículo (APA)

Olivares, M. F. (2017). *Los batallones de Atacama: alcances de una colección patrimonial*. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación Dibam. <http://www.museodeatacama.cl/sitio/Contenido/Objeto-de-Coleccion-Digital/83576:Los-batallones-de-Atacama-alcances-de-una-coleccion-patrimonial>

Introducción

El presente artículo se propone reflejar el devenir de los batallones de Atacama entre los años 1879 y 1881 durante la guerra del Pacífico (1879-1884) y, por añadidura, el de la sociedad atacameña de finales del siglo XIX en su conjunto. Para tal efecto, se ha trabajado sobre la base de la colección de los batallones que en la actualidad exhibe de forma permanente el Museo Regional de Atacama (MRA)¹, dentro de cuya propuesta museográfica se presenta como una de las temáticas más relevantes.

El valioso acervo patrimonial e histórico de los batallones de Atacama –que se extiende a los elementos conservados en el depósito del Museo– está constituido por cartas, periódicos, recortes de prensa, fotografías, documentos y objetos (armamento, vestimentas, utensilios, entre otros), que totalizan un número importante de piezas². El examen de todas estas fuentes primarias nos ha permitido identificar y reconstruir situaciones experimentadas por quienes participaron en dichas unidades y ponerlas en relación con el contexto. Dentro de ellas, el epistolario del señor Juan Martínez Bustos ha sido el eje central para la construcción de este artículo³.

Asimismo, hemos hecho uso de la prensa como un recurso auxiliar para nuestra reconstrucción histórica. En este sentido, nos gustaría mencionar que, durante la guerra del Pacífico, los periódicos nacionales y regionales ejercieron un papel comunicacional fundamental a través de la figura de los corresponsales especiales, quienes eran enviados a los campos de batalla para seguir los

¹ El Museo Regional de Atacama (MRA), ubicado en la ciudad de Copiapó, fue fundado el año 1973. Actualmente funciona en la casa patrimonial de los hermanos Matta Goyenechea –declarada Monumento Nacional en 1979–, en cuyas dependencias alberga colecciones históricas, arqueológicas y de historia natural.

² Dado que muchas de las piezas del depósito están en proceso de inventario y catalogación, solo podemos dar un número aproximado de los objetos y documentos que conforman la Colección Batallones de Atacama. El epistolario de Juan Martínez cuenta con poco más de un centenar de cartas; los ejemplares del periódico *El Amigo del País* abarcan 300 ediciones, que cubren desde el comienzo de la participación de los batallones en la guerra hasta su regreso a Atacama; además, hay aproximadamente 130 piezas patrimoniales correspondientes a armamento, casquetes de balas y utensilios diversos de tipo bélico. Considerando, por último, las fotografías, los recortes de prensa, textiles y otros documentos históricos, cuantificamos un total aproximado de 600 objetos.

³ La carta ha sido ampliamente utilizada como recurso histórico en el trabajo de investigadores e historiadores, tal como lo indica Darcie Doll (2002, p. 5): «La carta privada funciona como documento auxiliar de la investigación histórica, observada como conjunto de datos e informaciones que permiten reconstruir e interpretar aspectos de diferentes períodos». A nosotros nos parece de vital trascendencia, por cuanto nos permite traer al frente temas que conciernen al ámbito privado y, con ello, reconstruir situaciones y comprender un poco mejor las dinámicas experimentadas en el pasado.

hechos y vivencias de los batallones, y darlos a conocer a la población⁴. De acuerdo con la literatura consultada, los periódicos que funcionaron en la provincia de Atacama –es decir, *El Constituyente*, *El Atacama* y *El Amigo del País*– siguieron la misma tónica del resto de los periódicos de Chile, enviando correspondientes que reportaron fervorosamente los destinos de los coterráneos. A pesar de que en el MRA solo encontramos de este período ejemplares de *El Amigo del País*⁵, la información descrita en estas publicaciones, que cubren desde el reclutamiento de los voluntarios en el año 1879 hasta después del retorno de los batallones a la provincia en 1881, nos ha servido como insumo para poner en contexto estos episodios.

Tanto el diario de Martínez Bustos como los reportes de *El Amigo del País* se levantan como testimonios en primera persona de la guerra del Pacífico. Sin embargo, el tipo de mensaje de cada uno varía de acuerdo al registro del discurso, considerando que uno es privado y el otro es público: por un lado, la carta privada transmite un sentimiento u hecho de manera espontánea, evidenciando «mayor grado de inmediatez» (Doll, 2002, p. 32); los periódicos, por su lado, suelen incurrir en el efectismo, más allá del cual, sin embargo, se puede desprender información cierta de los hechos: «en efecto, estos documentos son una pieza indispensable del relato del conflicto en primera persona, donde se confunden la narración fáctica con la perspectiva e interpretación personal de los hechos» (Ibarra, 2016, p. 277).

Otro importante documento al que hemos recurrido a lo largo de esta investigación es la obra *El contingente de la provincia de Atacama en la guerra del Pacífico* (1882), escrita por Hilarión Marconi, que incluye transcripciones de decretos, notas de prensa y cartas de soldados; estas últimas, en muchas ocasiones, contienen comentarios sobre los propios artículos de los periódicos.

Al revisar las fuentes arriba mencionadas y otras obras literarias, todas ellas referidas a la participación de los batallones de Atacama en la guerra del Pacífico, hemos advertido, en general, una considerable presencia de personajes pertenecientes a grupos de poder, ya sea político, económico, militar o religioso –lo cual no es una sorpresa, si consideramos el interés que despertaron estos sectores en historiadores de corte más tradicional–; y, por otro lado, hemos identificado la participación de la sociedad civil de Chile

⁴ El trabajo de Piero Castagneto (2015) da cuenta de la extensa cobertura que periódicos de todo Chile dieron a la guerra y del profundo interés que dicho acontecimiento despertó en la población.

⁵ *El Amigo del País*, editado en Copiapó, fue un periódico de ideología conservadora que funcionó desde el 2 de agosto de 1872 hasta el 31 de enero de 1961. Durante los años que conciernen a este artículo, su director y redactor fue el presbítero Carter.

y de Atacama en su conjunto, especialmente de Copiapó. Por esta razón, el presente trabajo de investigación entiende la guerra y sus alcances como un acontecimiento que vinculó transversalmente a la población, como de hecho lo demuestra la estructura de los batallones de Atacama, constituida principalmente por civiles de la provincia (de ahí su nombre de «batallón cívico»). Describiendo hechos vinculados a los batallones y reconociendo experiencias de los personajes más emblemáticos –siempre cuidando de situarlos en contexto y en relación con el resto del ejército chileno–, hemos trabajado con la intención de rescatar la memoria atacameña del período y poner en valor el acervo patrimonial del Museo Regional de Atacama.

Chile en la antesala de la guerra del Pacífico

Para entender el escenario en que estalló la guerra del Pacífico debemos tener en cuenta el decisivo proceso que había experimentado América del Sur a principios del siglo XIX, cuando la influencia cultural de la Ilustración, la irrupción de un nuevo modelo económico y las vicisitudes políticas experimentadas tanto en el continente como en Europa convergieron para erigir los cimientos de un nuevo orden. Las colonias europeas comenzaron a transitar hacia un modelo republicano independiente, en un proceso que tuvo una enorme complejidad. En palabras de Mellafe y González (1997):

Políticamente hablando, el período revolucionario y postrevolucionario fue una tremenda inestabilidad y anarquía. Tras la búsqueda de una identidad, las nacientes naciones se debatieron entre profundos problemas y contradicciones, como eran la gran heterogeneidad étnico-cultural, el gran desequilibrio en el desarrollo económico regional, la enorme pobreza de las arcas fiscales, con la consiguiente dependencia externa, y la fuerte posición de los distintos grupos sociales. (p. 79)

Las complejas dinámicas internas de las nuevas repúblicas –asociadas a los contextos políticos, sociales, económicos, culturales y raciales específicos de cada territorio– provocaron que los países adoptaran diversas posturas ante determinadas cuestiones. Un ejemplo de esto son las posturas frente a la esclavitud: mientras que Chile aprobó tempranamente la ley de libertad de vientres (1811) y abolió la esclavitud definitivamente en 1823⁶, en otros

⁶ En el Capítulo 1 del *Proyecto de una Constitución para el Estado de Chile*, escrito en el año 1811, se establece que todos los hombres nacen libres y que la sociedad debe proteger ese mandato. Posteriormente, el 23 de junio de 1823, el senador José Miguel Infante propuso en el Senado el

países como Argentina y Perú este régimen se mantuvo vigente por varias décadas más, hasta los años 1853 y 1854, respectivamente (Vinatea, 2014).

Asimismo, cada país diseñó una estructura política propia. Chile, de hecho, tal como señala Collier (2009), logró establecer en 1833 una constitución presidencialista y conservadora que, gracias, entre otras cosas, a las leyes dirigidas a los intendentes (control de levantamientos federales), a los militares (control de caudillos) y al poder clerical (disciplina social), funcionó de manera ininterrumpida hasta 1891 –incorporando, hasta 1925, únicamente correcciones (pp. 12-15)–. La gobernabilidad de Perú y Bolivia, en cambio, sufrió durante el mismo lapso significativas complicaciones, justamente por la inestabilidad política y la gran influencia de los caudillos⁷.

A medida que la República de Chile consolidaba su estabilidad interna, en las naciones vecinas se intensificaban las aprensiones respecto de que un país pudiese controlar la región. Semejante clima de desconfianza y especulación potenció la práctica de conspiraciones mutuas que, a la postre, desembocaron en un conflicto geopolítico con la declaración de guerra que en 1837 pronunció Chile contra la Confederación Perú-Boliviana. Si bien dicho conflicto –que concluyó en 1839 con la victoria chilena (Collier, 2009, pp. 15-16)– no fue motivo de pugna territorial ni implicó un rediseño limítrofe, sí puede ser considerado un antecedente de las ulteriores relaciones entre las tres naciones implicadas.

La cuestión limítrofe, factor indispensable para entender las diferencias entre Perú, Bolivia y Chile, fue también una consecuencia del proceso de emancipación continental, ya que, al momento de declarar su independencia, estos países mantuvieron los límites diseñados por la Corona española –según podemos corroborar en el *Uti possidetis iuris* de 1810, «principio jurídico de la demarcación territorial de los Estados americanos entre sí» (Bulnes, 1911, p. 8)–; tales límites, sin embargo, tenían que ver más con cuestiones administrativas del régimen colonial que con las dinámicas internas y el devenir de las nuevas repúblicas.

La demarcación territorial heredada de la Colonia incidió en la relación limítrofe de Bolivia y Chile, cada uno de los cuales consideraba como territorio de su soberanía la zona del desierto de Atacama. El interés que ambas naciones manifestaban se sostenía en el conocimiento que se tenía de las relevantes materias primas que albergaba el lugar: «a partir de 1835 el conocimiento

proyecto de abolición de la esclavitud (Feliú Cruz, 1973).

⁷ Para el caso de Perú, ver Basadre, J. (2002); para el de Bolivia, Barragán Romano, S. *et al.* (2015).

científico de los recursos económicos contenidos en el desierto –guano, salitre cobre, plata– [...] dio origen a un creciente interés por estas riquezas de parte de los gobiernos de Chile y Bolivia» (Bravo, 2000, p. 26). Este interés común motivó que en el año 1842 el presidente chileno Manuel Bulnes solicitase al Congreso declarar propiedad chilena el guano ubicado entre Coquimbo y el límite 23°6' S. El año siguiente, Bolivia respondió declarando que su país alcanzaba hasta el río Loa, es decir, hasta los 26° de latitud sur (Bravo, 2000). Desde esta fecha, pese a volverse cada vez más recurrentes, los esfuerzos diplomáticos por llegar a una delimitación clara resultaron infructuosos. Salas Olivari (2015) señala que:

La década de los años 1860 fue para Perú, Bolivia y Chile un período de expansión, gracias al guano, el salitre, el cobre, la plata y la agricultura de exportación. Los grupos de poder económico y social en Perú, Bolivia y Chile se fueron consolidando gracias tanto a los favores del Estado y al control del recurso natural base de la economía como a la diversificación de sus fuentes de ingreso y al enriquecimiento, más allá del producto estrella del comercio internacional, las finanzas y la agricultura de exportación. (p. 31)

Fue precisamente la expansión económica basada en la exportación de materias primas lo que, a partir de la década de 1860, transformó la zona del desierto de Atacama en un lugar trascendental para la economía de Chile y Bolivia (Salas Olivari, 2015, pp. 28-29). La necesidad de definir qué país debía controlar dicho espacio y la falta de acuerdos tensionaron las conversaciones diplomáticas, apaciguadas solo por la firma del tratado de 1866, que fijaba como límite el paralelo 24° S, dejando la zona que comprendía entre los paralelos 23° S y 25° S como zona de beneficio mutuo de las ganancias del guano y de otros minerales (Bravo, 2000, pp. 27-28).

En la década de 1870, las consecuencias de la demarcación territorial heredada del *Uti possidetis iuris* se transformaron, tal como lo señala Collier (2009), en amenazas verdaderas:

Ninguna frontera había sido trazada precisamente en el período colonial. La presencia chilena en el estrecho de Magallanes después de 1843 había hecho surgir la cuestión de la propiedad de la Patagonia, que Argentina consideraba suya. Chile, en efecto, abandonó su demanda a casi todo este gigantesco pero desolado territorio, en el acuerdo Fierro-Sarratea de 1878 [...]. El acuerdo alejó el peligro de guerra con Argentina [...]. El problema con Bolivia era menos tratable, porque en la Patagonia había menos intereses vitales en riesgo, lo que era drásticamente opuesto en el desierto de Atacama, una de las principales escenas del expansionismo económico chileno. (p. 38)

Como podemos ver, Chile tuvo que asumir dificultades limítrofes con las repúblicas de Argentina y Bolivia; sin embargo, mientras que la zona de la Patagonia presentaba pocos atractivos económicos en ese momento, el desierto de Atacama atesoraba materias primas con un alto valor de exportación.

Paralelamente al desarrollo de la controversia fronteriza, la expansión económica internacional originada en la década de 1860 se vio eclipsada por el crac sufrido en la Bolsa de Viena el 8 de mayo de 1873, que se extendió rápidamente a Alemania, Europa central y Estados Unidos. Chile, al ser un país que basaba su economía en las exportaciones y que, por ende, dependía directamente de los ciclos económicos mundiales —liderados por Europa—, resintió negativamente los efectos del colapso bursátil sobre el precio de los metales.

Por esos años, también la actividad agrícola enfrentó dificultades que impactaron en el crecimiento económico. Collier (2009, p. 36) señala que las inundaciones y sequías a destiempo en el valle central dieron como resultado tres cosechas desastrosas, lo cual repercutió en el aumento del costo de vida y, sobre todo, en un empeoramiento de las condiciones de los grupos sociales más pobres, que padecieron incluso al extremo de presentar inanición.

A pesar de la desvalorización del precio de los metales, la producción minera siguió funcionando en la zona del despoblado de Atacama. De hecho, el hallazgo del yacimiento minero de plata de Caracoles en 1870 introdujo una alternativa de trabajo para la población en general y, en específico, para los mineros de la provincia de Atacama (Bravo, 2000, p. 25). Fue, entre otras cosas, a causa de este yacimiento ubicado en territorio dudoso —justo en el límite del paralelo 23° S—, y porque Chile buscaba proteger los capitales que poseía en la zona, que se firmó en 1874 un nuevo acuerdo entre Chile y Bolivia, donde se mantenía el límite en los 24° S, pero se eliminaba la medianería de los productos extraídos en la zona, a excepción del guano. También se liberaba de impuestos por 25 años a las personas y empresas establecidas allí. «Así, si bien se reconocía, finalmente, que el mineral de Caracoles quedaba en territorio boliviano [...], no era menos cierto que continuaban siendo chilenos los intereses que ejercían el control económico y político del mineral» (Bravo, 2000, p. 37). Según el historiador Gonzalo Bulnes (1911), este tratado «tiene una importancia capital para preciar las causas de la guerra del Pacífico, porque estableció la relación jurídica existente entre ambos países cuando ella estalló» (p. 38).

En febrero de 1878, el gobierno boliviano decidió fijar un nuevo impuesto a la Compañía Chilena de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, violando de

este modo el reciente Tratado de Límites de 1874 y dando origen a una tensión cada vez mayor entre ambos países (Bulnes, 1911, pp. 106-113). Chile tuvo que adoptar una nueva postura frente a la relación que hasta ese entonces había mantenido con Bolivia, tal como se señala en la obra *El contingente de la provincia de Atacama en la guerra del Pacífico* (Marconi, 1882, pp. 22-23):

Burlando Bolivia las estipulaciones del tratado de 1874 e infringiendo a los intereses chilenos del Litoral –cedido en 1866 por un acta de confraternidad americana– perjuicios que importaban un violento despojo, colocó al Gobierno en el caso de declarar que, roto de hecho el mencionado pacto, la República tomaría nuevamente posición de los territorios que le pertenecían antes de la fecha del tratado de 1866.

En otras palabras, «Los chilenos [...] recordaban que ese territorio había sido de Chile, que lo habían cedido a cambio de condiciones que no se habían cumplido» (Bulnes, 1911, p. 50). La respuesta de Chile fue la reivindicación de la zona comprendida entre el paralelo 23° S y la frontera peruana. Así, durante el mes de febrero de 1879, el Gobierno de Chile envió los buques de la Armada Almirante Cochrane y O'Higgins a ocupar Antofagasta, Mejillones y Caracoles (Izquierdo, Fernández y Fuenzalida, 1979, pp. 1-2); poco tiempo después, el 21 de marzo, ocupó Cobija, Tocopilla y Calama, y el 5 de abril declaró la guerra a Bolivia y el Perú, nación que se vio involucrada en el conflicto en virtud del pacto secreto de alianza suscrito por ambos países en 1873. Estallaba, de esta forma, la denominada «guerra del Pacífico».

La guerra del Pacífico fue considerada por algunos como un ejercicio de pillaje cínicamente premeditado, con el fin de rescatar a Chile de su grave situación económica mediante el apoderamiento de la riqueza mineral de los desiertos nortinos [...] puede ser verdad que el entusiasmo con que fue bienvenido el comienzo de las hostilidades (general, si no universal) fue de algún modo una salida para los aumentados sentimientos de frustración que se habían acumulado durante los años de recesión. (Collier, 2002, p. 43)

Contexto socioeconómico de Atacama durante la segunda mitad del siglo XIX

Es sabido que el descubrimiento del mineral de plata de Chañarcillo (1832) fue un catalizador para el desarrollo económico de la sociedad atacameña. Si bien hubo antes otros hallazgos, como el de Agua Amarga (1811) y el de Arqueros (1825), estos quedaron completamente eclipsados por el extraordinario valor de aquel, que llegó a alcanzar en la década de 1840 una producción

de plata estimada en 12 000 000 de pesos anuales (Collier, p. 23), y en cuya explotación llegaron a funcionar hasta 100 minas. Ahora bien, como todo recurso natural no renovable, la producción del mineral de Chañarcillo se fue debilitando y, en su lugar, fueron surgiendo nuevas minas para estimular la economía, como es el caso de Tres Puntas (1848). De esta manera, la producción minera se alzó como la actividad económica más importante para la provincia y el país, permitiendo la acumulación de grandes fortunas en el Norte Chico en manos de empresarios mineros, las que, a su vez, se tradujeron en avances en los planos educacional, político, social, cultural e industrial.

Al respecto, el informe del censo general levantado en 1865 señala que la ciudad de Copiapó, en la provincia de Atacama⁸, «desde 1851 cambió totalmente su aspecto, sucediendo a su antigua pobreza edificios elegantes, teatro, paseos, cañerías de gas y un ferrocarril [...] que la pone en comunicación con el puerto de Caldera y con los mejores minerales» (*Censo general de la República de Chile*, 1866, p. 292). A lo anterior podemos agregar el Liceo de Hombres, creado en 1864, el Liceo de Niñas, en 1877, y las escuelas construidas en los poblados mineros. El censo también muestra un aumento de la población desde 50 690 habitantes en 1854 a 78 972 en 1865, explicándolo por la atracción de masa inmigrante para el empleo de trabajos mineros (*Censo general de la República de Chile*, 1866, p. 293).

Tras el cierre de minas provocado por la baja en el precio de los metales, los mineros que trabajaban en la región se vieron impelidos a emigrar a la zona del yacimiento de Caracoles, ubicado fuera de la región, cuyo reciente descubrimiento en 1870 había generado nuevas expectativas económicas y laborales.

Si bien desde 1840 el desierto era recorrido por numerosos chilenos en busca de riquezas minerales, fue el descubrimiento de Caracoles lo que generó la corriente migratoria de trabajadores nacionales que acabaría por ocupar prácticamente la provincia del litoral boliviano. De hecho, la riqueza del mineral se convirtió en un catalizador del avance definitivo de la población chilena hacia el norte. (Bravo, 2000, p. 123)

Consideramos importante resaltar el fenómeno de migración desde la provincia de Atacama hacia otras regiones –en su mayor parte, posiblemente, hacia la frontera norte del país– que venía desarrollándose desde antes de la

⁸ Creada por decreto el 31 de octubre de 1843, la provincia de Atacama estaba compuesta por los departamentos de Copiapó, Caldera, Vallenar y Freirina. Ver *Censo general de la República de Chile* (1866).

guerra del Pacífico y que supuso una disminución de la población de hombres adultos. Según el censo general de 1875, de hecho, la población masculina alcanzó ese año los 40 602 habitantes; es decir, menos que los 47 489 registrados una década antes (*Censo general de la República de Chile*, 1965, pp. 293-296; *Quinto censo general de la población de Chile*, 1875, pp. 562-564).

Conformación de los batallones de Atacama

Cuando Chile declaró la guerra en abril de 1879, su ejército contaba con apenas 2000 hombres. Para fines del mismo año, la cifra había crecido a 25 000, y se estima que al término del conflicto llegó a los 70 000 hombres (Larraín Mira, 2003). Si bien los llamados a reforzar el ejército en la provincia de Atacama se iniciaron tan pronto como comenzó a agudizarse el conflicto fronterizo, recién en marzo se llamó a formar un primer batallón; luego, en enero de 1880, fue el turno del segundo batallón. Así se constituyeron los batallones Atacama N° 1 y N° 2.

Como hemos dicho, la década de 1870 fue un período complicado para Chile: además de sequías, inundaciones y conflictos limítrofes, el país tuvo que enfrentar las consecuencias de una gran depresión económica internacional, que desde luego también se sintieron en el ámbito militar. La beligerancia latente entre Chile y Bolivia se volvió inminente, cuestión que resultaba realmente preocupante para el Gobierno de Chile, que en ese momento no contaba con un cuerpo militar apropiado. De hecho, la Guardia Nacional había acortado significativamente su contingente, conforme a una medida adoptada por el Gobierno para rebajar el gasto fiscal y solventar de esa forma los intereses de la deuda externa que había adquirido el Estado en las décadas precedentes; así, de los 25 000 hombres que engrosaban sus filas en 1831, quedó reducida a 7000 en 1878 (Collier, 2009, p. 41). La situación de la Guardia Nacional se replicó en el nivel de los regimientos regionales o provinciales, de manera que, en la práctica, «Chile [...] no tenía ejércitos, su marina estaba en su mayor parte en completo desarme, y sus hijos, todos se hallaban entregados a las ocupaciones de la paz y el progreso» (Marconi, 1882, p. 26).

Fue precisamente este escenario de desarme el que obligó a las autoridades a convocar voluntarios ante la necesidad de defender las demandas nacionales en el campo de batalla. El 22 de febrero de 1879, Guillermo Matta Goyenechea, intendente y comandante general de Armas de la provincia de Atacama, realizó el siguiente llamado, publicado en los periódicos de la provincia:

Por cuanto el señor ministro de la Guerra, en telegrama circular de fecha de ayer, ordena a todos los comandantes generales de Armas la reorganización de los cuerpos cívicos en la República para que presten los servicios que la patria tiene derecho a reclamar de todos sus hijos, y que principien inmediatamente a disciplinarse por medio de los ejercicios doctrinales prescritos por la ley, teniendo presente que esta orden suprema comprende también a las guardias cívicas de Atacama, según el telegrama de hoy del mismo ministerio, decreto:

Llámesse al servicio activo a todos los oficiales, clases y soldados del batallón cívico de Copiapó y a todos los ciudadanos que según el artículo 156 de la Constitución del Estado están obligados a inscribirse en los registros de las milicias nacionales.

Comisionase al sargento mayor del cuerpo, señor Lesmes R. Sierralta, con sus ayudantes, para que, en unión del ayudante de esta comandancia general de Armas, procedan a hacer las inscripciones en los registros respectivos.

Estas inscripciones principiarán a hacerse desde mañana 23 del presente, de las once del día hasta las cuatro de la tarde en la sala municipal.

Esta misma comisión queda encargada de dirigir las instrucciones disciplinarias que para el caso establece la ley militar. Por lo tanto, y para que llegue a conocimiento de todos, publíquese por bando y en los diarios de esta ciudad.

Dado en la sala de despacho de esta Intendencia y Comandancia General de Armas, a veinte y dos días del mes de febrero de mil ochocientos setenta y nueve. – Guillermo Matta – José M. Grove – secretario. (Marconi, 1882, pp. 34-35)

La convocatoria motivó el inmediato enrolamiento de voluntarios en la provincia: en cuestión de días, se reunió un contingente de 300 hombres entre oficiales, soldados y voluntarios, que el 3 de marzo ya marchaba directamente a reforzar los cuerpos militares en el norte. El éxito del llamamiento fue reconocido al día siguiente por Cornelio Saavedra en un telegrama dirigido a Guillermo Matta: «Por el órgano de la V. S., felicito a los ciudadanos de Copiapó por su entusiasmo para enrolarse en el ejército y guardia nacional, dando con ello un ejemplo de civismo que no tardará en ser seguido por todo el país» (Marconi, 1882, p. 40). Al poco tiempo, el 5 de abril de 1879, se declaraba oficialmente la guerra entre Chile y los países aliados Bolivia y Perú.

Desde la partida del primer grupo de voluntarios, la prensa de Atacama inició una activa propaganda de acción cívica para la formación de un batallón de la provincia. Dicha iniciativa, secundada por el intendente Guillermo Matta, fue recogida por la Comandancia General, que el 14 de abril llamó a formar, en el plazo de un mes, un batallón de la provincia de Atacama conformado por dos compañías de 150 voluntarios cada una, cuyos altos mandos designó en el acto: «La brigada, que se formará bajo la dirección del

teniente coronel Juan Martínez, cuenta ya con siete oficiales decididos, de lo mejor de nuestra joven sociedad, de lo más entusiasta y lo más dispuesto a defender el honor nacional» (Marconi, 1882, p. 46).

Nuevamente, el llamado a enrolarse con el fin de salvaguardar a Chile tuvo una respuesta inmediata en los habitantes de la provincia, dando como resultado la conformación de un grupo transversal de voluntarios, pues, en efecto, acudieron personas de grupos socioeconómicos bastante disímiles, como bien lo señala Oriel Álvarez (1979, p. 231): «Solicitaban su puesto en las filas del batallón atacameño, modestos artesanos, trabajadores, mineros, también lo hacían jóvenes propietarios de minas y herederos de establecimientos industriales, quienes disfrutaban de una existencia holgada». El nombre de «Batallón de Atacama» se decidió porque los voluntarios, efectivamente, llegaron de todos los rincones de la provincia:

Habiendo venido los voluntarios de todos los departamentos de la provincia, y debiendo compartir todos de las mismas privaciones y de los mismos peligros de la campaña, era justo que las glorias y laureles conquistados en los campos de batalla correspondieran a todos los departamentos de la provincia que habían dado sus contingentes de sangre. De ahí también la razón porque ese batallón llevara el nombre de Atacama. (Marconi, 1882, p. 51)

El enrolamiento para conformar el Batallón ocurrió de modo tan rápido y en número tan abundante, que el Gobierno no tuvo la capacidad de responder oportunamente con los insumos necesarios para la dotación. Por esta razón, la población atacameña se organizó, igual que en otros lugares del país, para apoyar la implementación del Batallón: cada vecindario ayudó aportando dinero, vestuario, artículos de uso doméstico e insumos de enfermería, entre otras cosas. La erogación del poblado de Chimbero, por ejemplo, consistió en lo siguiente:

A 71 pesos 31 centavos ascendió el dinero erogado por el pueblo y minas de Chimbero para vestuario de la brigada de bravos que se está preparando en esa ciudad para salir pronto al norte.

Además, estamos organizando una compañía dramática para dar funciones a beneficio de la guerra, con lo cual esperamos remitir otra cantidad igual a la mandada.

También mandaremos unas 500 cantimploras para que cada soldado de la brigada tenga donde depositar un poco de líquido.

[...] Como se ve, pues, el mineral de Chimbero, solo, va a hacer un poderoso donativo que en buena plata puede ser 2000 pesos. (Marconi, 1882, p. 59)

Chimbero es solo un caso de los múltiples esfuerzos colectivos de los vecinos que se replicaron en otras localidades de la provincia, como Chañarcillo, Puquios, Tierra Amarilla, Los Loros, Caldera, Chañaral y Copiapó, por nombrar algunos. Parafraseando un periódico de la época, Carmen Mc Evoy (2011) señala:

El Constituyente de Copiapó [...] dio cuenta minuciosa de la actividad filantrópica de la mayoría de los pueblos que, como Caldera, Chimbero, Yumbel, Garín, Cerro Blanco, entre otros, se integraron a una red solidaria de dimensión nacional. En Caldera, un pueblo que dijo estar a la «vanguardia en caridad y amor a la patria», una junta de señoras trabajó activamente en el bazar de la provincia, cuyos beneficios fueron destinados a aliviar las necesidades de los expedicionarios. (p. 124)

En los ejemplos presentados se refleja la magnitud del esfuerzo colectivo y la capacidad de organización de los vecinos en beneficio de los voluntarios de los batallones de Atacama.

Al primer llamado del 14 de abril, que requería formar dos compañías de 150 voluntarios cada una, se sumó otro con fecha 3 de mayo –es decir, a menos de un mes– para formar dos compañías adicionales de 300 plazas en total. Esto dio origen al Batallón de Atacama N° 1, compuesto por 4 compañías de 150 voluntarios cada una.

El 26 de mayo de 1879, las primeras tres compañías formadas hasta ese momento marcharon por las calles de Copiapó en dirección a la estación de ferrocarril para tomar el tren rumbo a Caldera⁹. En esa ocasión quedó en evidencia la precariedad de la vestimenta que llevaban los soldados y, con ello, la necesidad de seguir gestionando actividades y erogaciones a favor de los voluntarios. *El Amigo del País*, exponente de la prensa conservadora opositora a la gestión del intendente de Atacama, aprovechó la oportunidad para polemizar sobre la canalización de las erogaciones recaudadas por la Intendencia. En la edición del 29 de mayo de 1879, el periódico acusaba que:

Las señoras y muchos caballeros reunieron dinero para comprarles un traje, el intendente los manda a Caldera medio desnudos y aun sin tener frazada para dormir. Esto es una vergüenza para nuestro intendente; su indolencia es criminal: trata a los pobres soldados peor que a perros. (Ibarra, 2007, p. 34)

⁹ El traslado hasta el puerto de Caldera se fundamentó en la idea de proteger el puerto ante el Huáscar peruano, tratando de evitar así una invasión o ataque enemigo.

Más allá de las motivaciones subyacentes tras las críticas del periódico opositor a la calidad del vestuario, es un hecho indesmentible que, a raíz del episodio, la población intensificó los esfuerzos. La Junta Directiva de la Comisión de Subsidios para la Guerra anunció su decisión de «proveer de blusas a los voluntarios del batallón de Atacama, y para ello solicitan la cooperación de todas las señoras y señoritas de Copiapó» (Marconi, 1882, p. 70). La respuesta y el compromiso de las familias para apoyar a los soldados fueron inmediatos.

De acuerdo con la literatura consultada, es posible señalar que durante los casi siete meses en que el Batallón N° 1 estuvo en Caldera protegiendo el puerto y recibiendo instrucción militar, la población de Copiapó vivió expectante de lo que acontecía con estos soldados, sin dejar nunca de manifestar su apoyo mediante actividades y erogaciones. Al mismo tiempo, las autoridades tomaron providencias en el caso de escenarios desfavorables. El municipio de Copiapó, por ejemplo,

estableció un reglamento de asistencia para los familiares abandonados, soldados lisiados que cayeran en combate; este establecía en su artículo 7° que las esposas e hijos de los miembros del batallón Copiapó que fallezcan en combate, tendrán derecho a una pensión que la municipalidad les acordará. Igual pensión se concederá también a los oficiales y soldados que queden inválidos a consecuencia de la campaña. (Álvarez, 1979, p. 231)

En definitiva, tanto desde el ámbito privado como desde el público se hicieron inmensos esfuerzos por entregar ayuda y garantías para los voluntarios y sus familias, entendiendo la participación en el conflicto como un sacrificio expuesto a múltiples riesgos y desventuras.

Otra prueba de estos esfuerzos mancomunados es el trabajo de las alumnas del Liceo de Niñas, que confeccionaron tabaqueras y otros utensilios personales para el Batallón, además de un estandarte bordado prolijamente con hilos de oro y plata (fig. 1) –acaso la más simbólica de las obras–. La pieza fue elaborada a instancias de un soldado cuya petición Juan Martínez hizo llegar al inten-



Figura 1. Estandarte del Batallón Atacama N° 1, bordado en 1879 por mujeres copiapinas en apoyo a los soldados que se encontraban en Caldera. Colección Batallones de Atacama, Museo Regional de Atacama, n° reg. 98.5. Fotografía de Rodrigo Zalaquett.

dente Guillermo Matta; este constituyó una comisión de damas copiapiñas que se entregaran a la confección, tarea que concluyeron después de cinco meses de afán.

También hubo donaciones individuales de vecinos de la provincia, entre las cuales nos llama particularmente la atención la que se describe en la siguiente carta:

Facilito al señor comandante del Atacama N° 1, don Juan Martínez, para que reclame a mi nombre un caballo de mi propiedad, que me sustrajeron de mi finca hace seis días a la fecha. Previendo que dicho caballo lo obsequio para que lo use a mi nombre y como gratitud al cuerpo que manda [...].

P. Flores (abril de 1880)

Como podemos ver, las donaciones, basadas en esfuerzos individuales, colectivos y públicos (municipalidades, Gobierno e instituciones) de cada departamento y vecindario, fueron un pilar fundamental para sustentar la vida de los voluntarios de los batallones de Atacama durante su instrucción militar en Caldera y, posteriormente, en el campo de batalla.

Igualmente, cada departamento de la provincia de Atacama contribuyó a la causa con voluntarios. El epistolario de Juan Martínez deja de manifiesto, incluso, la participación de algunos provenientes de otras provincias, como es el caso del grupo de ovalinos que se menciona en la siguiente carta (fig. 2):

José Federico Prato encaminado de un laudable patriotismo trata de reunir todos los antecedentes del caso para defender y atender a las familias de los individuos de Ovalle que ejercitan en el ejército. Con este fin me ha pedido que me dirija a usted, solicitándole me mande una lista nominal de todos los ovalinos que se han enrolado en su cuerpo, de los que han muerto en función de guerra o en ocasión de ella – de los licenciados – de los que han muerto de enfermedades naturales.

H. Pinto (19 de febrero de 1880)

Así como los primeros voluntarios de la provincia de Atacama reforzaron al 2° de Línea, este grupo de ovalinos reforzó el batallón de la provincia, porque, si bien existieron batallones como los de Linares, Lautaro, Coquimbo, Antofagasta y Copiapó, la organización era definida teniendo en cuenta la unidad del ejército chileno, en el campo de batalla y de acuerdo a la decisión de los altos mandos.

Se ha dicho que los batallones de Atacama se caracterizaron por ser un cuerpo cívico y transversal, pero no fue así solo en un sentido socioeconómi-

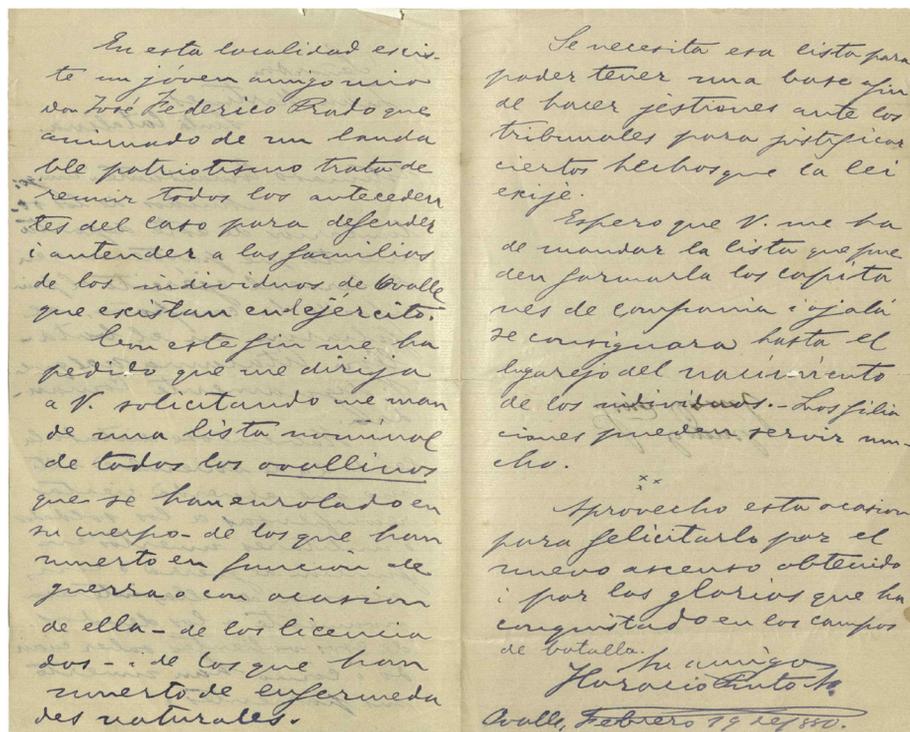


Figura 2. Carta de Horacio Pinto al comandante Juan Martínez, 1880. Fondo epistolar Juan Martínez, Museo Regional de Atacama.

co: el rango etario de los alistados era también bastante amplio, destacando la «animación entre la juventud copiapina por enrolarse como oficiales del batallón de voluntarios» (Marconi, 1882, p. 58). Algunos, de hecho, eran tan jóvenes que debían solicitar autorización de su familia para enrolarse, tal como se lee en la siguiente carta (fig. 3):

Sr. Juan Martínez: Hoy se ha ido a esa el niño Carlos Dinator, sin la voluntad de su familia, para enrolarse en el Atacama. Dígnese no admitirlo – Mañana iremos por él.

D. Echiburú (4 de octubre de 1879)

En otra misiva se señala que los voluntarios jóvenes pasaban a integrar la banda del Batallón:

[...] También te remito con ellos a dos muchachos del 2° Batallón Atacama para que me hagas el servicio de mandárselos al mayor Luis Zaldívar del Rejt. 4° de Línea. Estos

van destinados a aquel campo, para que reciban lecciones de música y cornetas – te agradeceré que lo antes posible me los remitas a su destino para que no pierdan tiempo.

Los muchachos se llaman

Manuel Astudillo

Sebastián Echeverría

Autor desconocido¹⁰ (16 de junio de 1880)

La citada carta grafica uno de los diversos roles que desempeñaron los voluntarios jóvenes durante la guerra. No olvidemos que esta se extendió por cinco años y que los batallones de Atacama estuvieron más de dos años participando –primero, recibiendo instrucción y, luego, batallando en el frente–; por lo tanto, para comprender cabalmente el contexto de guerra, es preciso prestar atención a estas tareas accesorias, que también formaron parte de la dinámica de los batallones.

Últimos preparativos

Pese al entusiasmo y la ansiedad que mostraban, los hombres del Batallón Atacama N° 1 debieron esperar largos meses antes de partir al norte. En este lapso, los voluntarios recibieron instrucción militar, consistente en una rutina de ejercicios, familiarización con el armamento y participación en la construcción de fuertes destinados a proteger el puerto de Caldera del espionaje y posibles ataques del Huáscar peruano.

Durante estos meses empezó a correr el rumor de que el Batallón Atacama no intervendría en la guerra como unidad, sino que los soldados serían enviados a diferentes frentes, con el fin de apoyar a compañías y batallones de otras provincias que ya se encontraban en la zona de conflicto. Ello produjo una sensación de incertidumbre (Ibarra, 2007), palpable en una carta escrita por el subteniente Rafael Torreblanca a su hermano:

No te había escrito de puro desolado. Desde hace 8 días estábamos amenazados con quedarnos sin soldados, pues una orden del ministerio nos arrebatava 300, sin oficial ni clase alguna, para llenar bajas en los batallones que están en el norte [...] oportunamente pasaron para el norte el coronel Sotomayor y un secretario del general Arteaga y ambos dijeron que el general pedía al batallón Atacama y no a sus soldados. (Marconi, 1882, p. 107)

¹⁰ El nombre de quien suscribe la carta citada es ilegible.

Copiapó Octubre 4/79.

Sr Juan Martínez
 Caldera

Hai se ha ido a esa el
 niño "Carlos Dinator", sin la voluntad de
 su familia, para enrolarse en el Atacama.
 Déguese no admitirlo - Manana
 iremos por él —

Diego Echiburú

Recibido alas 12.30 pm.
 Ferrari

Figura 3. Carta de Diego Echiburú al comandante Juan Martínez, 1879. Fondo epistolar Juan Martínez, Museo Regional de Atacama.

Como vemos, el rumor fue rápidamente despejado por el general Arteaga. Con todo, las dudas de Torreblanca resultan entendibles, considerando que, anteriormente, 350 voluntarios atacameños habían pasado a integrar el 2° de Línea y que un día antes de conocerse la respuesta del general Arteaga, el 20 de junio de 1879, 100 soldados del Atacama habían viajado en el transporte Maule rumbo al norte para integrarse al ejército.

El 2 de julio de 1879 llegó otra buena noticia para el Batallón, la que fue recibida con pleno entusiasmo por los soldados que seguían en Caldera, a la espera de armamentos y uniforme: habían sido incorporados al ejército de reserva comandado por el coronel Cornelio Saavedra. La reacción de los soldados refleja lo complicada que fue para ellos la experiencia militar, pues, a pesar de las múltiples erogaciones de la sociedad atacameña, padecieron un sinnúmero de penosas carencias. Preocupado por esta situación, el teniente del Batallón N° 1, Juan Martínez, envió al intendente Guillermo Matta la siguiente nota: «Vuelvo a distraer la atención de Us., haciéndole presente que la tropa del batallón a mi mando se halla completamente falta de calzado, pantalones y demás prendas necesarias para su uso ordinario» (Ibarra, 2007, p. 34). La solución llegó desde la Zona Central en el transporte Toltén el 25 de septiembre de 1879.

Después de tan larga espera, el Batallón N° 1 estaba por fin equipado, y a partir de ese día solo faltó la confirmación para viajar. Entretanto, sin embargo, los voluntarios debieron enfrentar otra dificultad: el flagelo de la viruela. Si bien alcanzó a atacar a varios soldados, las medidas de contrapropagación que adoptaron las autoridades frenaron rápidamente su avance.

Sorteando todas estas adversidades, finalmente—el 14 de octubre de 1879, a las 5 de la tarde— el Batallón de Atacama N° 1, con sus cuatro compañías de 150 soldados voluntarios cada una, se embarcó en el Itata y el Toltén rumbo a la ciudad de Antofagasta. Ahí fueron recibidos con euforia por un buen número de coterráneos, pues, como consecuencia del fenómeno migratorio ocasionado tras la crisis de 1873, una gran cantidad de población atacameña se había mudado hacia la ciudad del norte.

Batallas protagonizadas por los batallones de Atacama

La guerra del Pacífico constó de campañas marítimas y terrestres; los batallones de Atacama intervinieron en estas últimas. Siguiendo un orden cronológico, el Batallón N° 1 participó en el desembarco de Pisagua y en las batallas de San Francisco o Dolores, Los Ángeles, Tacna, Chorrillos y Miraflores. Las bajas sufridas en los mencionados enfrentamientos obligaron al Ministerio de Guerra a decretar el 2 de enero de 1880 la formación de un segundo batallón, el cual se integró en un principio al ejército de operaciones y posteriormente se fusionó con el Batallón N° 1. El Batallón N° 2 actuó como tal en las batallas de Pisagua y de San Francisco o Dolores; en las de Chorrillos y Miraflores, en tanto, sus hombres combatieron como parte del Batallón N° 1.

A continuación, reseñamos la actuación de los batallones de Atacama en los distintos eventos militares en los que tomaron parte.

Desembarco de Pisagua

Fue el primer enfrentamiento en territorio peruano entre las tropas aliadas y Chile, el 2 de noviembre de 1879. Pisagua representaba un punto estratégico, pues era la entrada a Tarapacá y también el lugar donde comenzaba el ferrocarril peruano. El ejército chileno se dirigió a este territorio costero, donde, por decisión de los comandantes, el Batallón Atacama fue el primero en desembarcar (Prato y Román, 1979, p. 25). Esta noticia y otras de tono similar fueron las responsables del clima de euforia que en ese momento se vivía en Atacama, henchida de un particular orgullo por las compañías N° 1 y N° 2 (esta última, integrada por 150 coterráneos, estaba al mando del

capitán José A. Fraga, del teniente Melitón Martínez y los subtenientes Rafael Torreblanca y Antonio S. Garrido). Lo negativo del suceso fue la pérdida de 30 miembros del Batallón y el saldo de 64 soldados heridos, entre los que se contó al capitán José Fraga. La actuación del Atacama fue incluso destacada desde la Presidencia de la República, como podemos leer en el siguiente telegrama, escrito el 7 de noviembre de 1879:

Señor Intendente:

A juzgar por el número de heridos del Atacama, parece que a este batallón le cupo en suerte sostener la parte más difícil del ataque. Al felicitar a US. por el heroísmo desplegado por las tropas de esa provincia, acompañamos en su sentimiento a los deudos de los que han perecido en defensa de la patria. – A. Pinto. – D. Santa María. – M. L. Amunátegui. – A. Matte. (Izquierdo, Fernández y Fuenzalida, 1979, p. 794)

Los heridos que se encontraron en situación de mayor gravedad fueron enviados al Hospital de Sangre de Copiapó, lugar acondicionado para tales eventualidades por iniciativa del intendente Guillermo Matta.

Batalla del cerro San Francisco o Dolores

Como describe el historiador Barros Arana (1882, p. 33), «el campamento de Dolores, situado cerca de la estación, tiene a su espalda por el lado sur, un pequeño cordón de cerros, que forman en su extremidad más inmediata, un morro de alguna elevación, denominado San Francisco». Fue justamente desde ese monte –ubicado unos 56 km al este de Pisagua– que las tropas chilenas lograron avanzar y derrotar nuevamente a los aliados, tomando Iquique. El enfrentamiento comenzó al alba y ya en la tarde el ejército había alcanzado la victoria. En él destacó la actuación de la 3ª y la 4ª compañías del Atacama, al mando de Félix Vilches y Ramón Rosa Vallejo, y quedó un saldo de varios soldados muertos, entre ellos el propio Rosa Vallejo y los subtenientes José Blanco y Andrés Wilson, que fueron enterrados en la cima del San Francisco. A favor quedó el botín de la batalla, armas, animales, víveres y hasta una ambulancia. Tras la refriega, los soldados del Batallón permanecieron en Dolores recuperando fuerzas, entrenando y soportando el clima desértico de altas temperaturas.

Batalla de Los Ángeles

Conocido como «Garganta de Los Ángeles», este lugar consistía en un desfiladero de altas montañas, hasta donde la compañía N° 2 del Batallón,

comandada por Rafael Torreblanca, se dirigió el 22 de marzo. Luego de enfrentarse 10 000 chilenos contra 12 000 hombres del bando aliado, Chile resultó victorioso, lo cual significó el ascenso a capitán de Torreblanca y la conquista de las regiones del sur.

En el epistolario de Juan Martínez encontramos la carta de un padre dirigida al comandante, solicitando su ayuda en lo siguiente:

El que suscribe padre del soldado Juan B. Pena Rojas [...] este infortunado joven después de haber acompañado al batallón hasta después de la batalla de Los Ángeles fue atacado de terciana [...] enviado a Iquique donde el temperamento no le favorece, suplico [...] hacerlo a Caldera, o sea al hospital de Copiapó.

Autor desconocido¹¹ (25 de julio de 1880)

Batalla de Tacna o del Campo de Alianza

Librada el 26 de mayo de 1880, fue uno de los acontecimientos más importantes de la guerra del Pacífico. Si bien entregó la victoria al ejército chileno y significó la salida definitiva de Bolivia como adversario, tuvo como contraparte un número cuantioso de bajas. La experiencia para el Atacama fue totalmente desafortunada: murieron 91 soldados, entre ellos Melitón y Walterio Martínez – hijos de Juan Martínez– y Moisés de Arce –capitán ayudante del Atacama (Vicuña Mackenna, 1883, pp. 165-168), y quedaron 212 heridos.

Batalla de Chorrillos

El 13 de enero de 1881, a las 3:30 de la madrugada, el ejército chileno marchaba hacia las costas de Chorrillos, donde la defensa peruana aguardaba atrincherada. Los batallones de Atacama se desplegaron en conjunto con el de Talca y, a pesar de la lluvia de balas enemigas, lograron subir uno de los morros de la zona, apoyados por la artillería de marina. «El Atacama y el Talca, después de más de una hora de esfuerzos sin cuento, y atacando unidos y mezclados por vanguardia y retaguardia, tuvieron la satisfacción de darse el abrazo del vencedor y del hermano encima del morro fortificado» (Izquierdo, Fernández y Fuenzalida, 1979, p. 945). Sobreponiéndose al cansancio, ambos contingentes prosiguieron el combate. Fue entonces cuando un soldado del Atacama levantó el estandarte del Batallón N° 2 (fig. 4) sobre la trinchera

¹¹ El nombre de quien suscribe la carta citada es ilegible.

peruana, muriendo en el lugar. Según el boletín oficial, esta fue «la señal para que todo el regimiento se abalanzara como una avalancha, haciendo horribles estragos en los defensores del fuerte» (Izquierdo, Fernández y Fuenzalida, 1979, p. 948). Si bien el éxito fue rotundo para Chile, quedaron cientos de soldados muertos y miles de heridos.

Batalla de Miraflores

Luego de la victoria de Chorrillos, una parte del ejército se quedó en Barranco, mientras otro grupo siguió rumbo a Miraflores, lugar sólidamente atrincherado por la defensa peruana. Perú aceptó la tregua que en ese momento le fue solicitada por los altos mandos del Ejército chileno, pero rápidamente rompió el acuerdo con un ataque sorpresa perpetrado el 15 de enero de 1881. Pese a la considerable inferioridad numérica—4300 chilenos repelían la embestida de unos 16 000 peruanos—, el ejército chileno logró doblegar a su adversario. Tanto fue así, que «El Atacama arrebató al enemigo de sus trincheras un hermoso estandarte bordado de seda, que tenía la siguiente inscripción en medio de una corona de laureles: “Batallón núm. 6 de la reserva de Lima”» (Izquierdo, Fernández y Fuenzalida, 1979, p. 957) (fig. 5). Con todo, el saldo para los batallones de Atacama fue sombrío: 596 soldados murieron, entre ellos el comandante



Figura 5. Estandarte arrebatado al Batallón N° 6 de Lima por los voluntarios de Atacama durante la batalla de Miraflores. Colección Batallones de Atacama, Museo Regional de Atacama.



Figura 4. Estandarte del Batallón N° 2, confeccionado por un grupo de señoritas copiapinas y bordado por Tránsito Palacios, 1880. Colección Batallones de Atacama, Museo Regional de Atacama. Fotografía de Rodrigo Zalaquett.

Juan Martínez.

Luego de esta batalla, los ejércitos de ambos países quedaron diezmos. Sobre la ciudad de Lima, que padecía la frustración de su ejército, estalló una ola de violencia, expresada en asesinatos, saqueos e incendios. Ante la magnitud del desastre, el alcalde Torrico decidió «salvar» a la ciudad, notificando la rendición de Lima al Ejército chileno el día 17 de enero de 1881. La caída de la capital

peruana se concretó con el ingreso del general Cornelio Saavedra, secundado por más de 4000 hombres.

Concluidas estas campañas, los batallones comenzaron a regresar a Chile a fines de febrero.

Regreso del batallón y arcos del triunfo

La población atacameña esperó con gran entusiasmo a sus soldados. Fue una espera cargada de expectación porque, antes de embarcarse en el Itata rumbo a Copiapó (21 de marzo de 1881)¹², el Atacama fue recibido, junto con los otros batallones del país, también en Santiago y Valparaíso. La prensa local cubrió el peregrinaje completo del batallón cívico, informando sobre los reconocimientos de que era objeto. Podemos encontrar noticias relativas a los preparativos que se hicieron ante la inminente llegada de los soldados, ocurrida el 25 de marzo de 1881¹³, y a cómo la población se organizó para hermostrar la ciudad y ofrecer banquetes. Dentro de las actividades que la comisión de recepción organizó, sobresale una suntuosa comida por el valor de 1200 pesos, compuesta de 3 terneros, 50 carneros, 50 arrollados de chanco, 40 pesos de ensalada, 1 quintal de aceitunas, 1 quintal de queso, 1000 marraquetas, 500 botellas de vino *bordeaux*, 10 000 botellas de chicha y 12 docenas de cerveza *bock*¹⁴.

La ciudad entera se engalanó con flores y adornos para recibir el desfile, cuyos participantes se ordenaron del siguiente modo: el carro de la victoria, el Regimiento Atacama, la Sociedad de Artesanos, la Sociedad Italiana de Beneficencia, la Sociedad de Instrucción Primaria, la Sociedad de Protección de Niños, el Cuerpo de Bomberos, los profesores del Liceo, el Club de Obreros, el Club Atacama, el Club Copiapó, el Club Alemán, delegaciones de los departamentos y subdelegaciones de la provincia, el gremio de comerciantes, la colonia extranjera, la Comandancia General de Armas, la Ilustre Municipalidad de Copiapó, la comisión de Vallenar, la comisión de Caldera, la comisión de Freirina, el carro del trabajo y, para cerrar, el Batallón Cívico de Copiapó.

Las calles de Copiapó, especialmente la calle Atacama, fueron decoradas con 14 arcos del triunfo (Zalaquett, 2011), todos ellos adornados con flores,

¹² Véase *El Amigo del País*, n° 928.

¹³ Véase *El Amigo del País*, n°s 926 al 931.

¹⁴ Véase *El Amigo del País*, n° 931.

inscripciones y banderas. Fueron levantados por iniciativa de diversas comisiones, dentro de las cuales destacan la empresa ferroviaria, la colonia anglofrancesa (fig. 6), los bomberos, la colonia española, la colonia italiana, la Comisión de Ornato y otros particulares. Las celebraciones continuaron durante la semana con un banquete en el Liceo de Hombres. Se efectuó además una parada militar y se celebraron ramadas, entre otras actividades de reconocimiento. El intendente y comandante general de Armas, Guillermo Matta, recibió el 5 de abril de 1881 los estandartes de los batallones para dejarlos en el salón municipal, gesto simbólico de reconocimiento cívico e institucional del rol jugado por los batallones en la guerra.



Figura 6. Arco del triunfo instalado en Copiapó como homenaje de la colonia anglofrancesa a los soldados de los batallones de Atacama, marzo de 1881. Colección Batallones de Atacama, Museo Regional de Atacama, n° reg. 98.743.

Conclusión

La idea de releer los documentos y realizar nuevas investigaciones es justamente conservar nuestra memoria. En tal sentido, este trabajo se enfocó en poner en valor la colección patrimonial de los batallones de Atacama que conserva el Museo Regional de Atacama, manifestando con ello la dinámica social que se dio entre los habitantes de la provincia, donde el actuar de los batallones involucró, en definitiva, a gran parte de la sociedad. En efecto, cuando hablamos de los batallones no podemos disociarlos del conjunto de la sociedad atacameña, ya que su devenir está intrínsecamente relacionado con los esfuerzos colectivos que se realizaron en la provincia, al igual que en el resto del país, para participar en la guerra.

Referencias

- Álvarez, O. (1979). *Atacama de plata*. Santiago: Oro Impresor.
- [Autor desconocido]. (16 de junio de 1880). [Carta a J. Martínez]. Fondo epistolar Juan Martínez Bustos, Museo Regional de Atacama.
- [Autor desconocido]. (25 de julio de 1880). [Carta a J. Martínez]. Fondo epistolar Juan Martínez Bustos, Museo Regional de Atacama.
- Basadre, J. (2002). *La iniciación de la República: Contribución al estudio de*

la evolución política y social de Perú, Tomo 1. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional de San Marcos. Recuperado de http://sisbib.unmsm.edu.pe/BibVirtual/libros/Historia/Iniciacion_Republica/tomo1/Lib2_Cap2.htm

- Bravo, C. G. (2000). *La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena*. Santiago: Dibam.
- Bulnes, G. (1911). *Guerra del Pacífico*. Valparaíso: Sociedad Imprenta y Litografía Universo.
- Cavieres, E. (ed.). (2015). *La guerra del Pacífico en perspectiva histórica, reflexiones y proyecciones en pasado y en presente*. Chile: Universidad de Tarapacá.
- Castagneto, P. (2015). *Corresponsales en campaña en la guerra del Pacífico 1879-1881*. Santiago: RIL.
- Collier, S. (2009). Desde la Independencia hasta la guerra del Pacífico. En Bethell, L. (ed.) *Chile desde la Independencia*. Santiago: Ediciones UCSH.
- Doll, D. (2002). La carta privada como práctica discursiva. Algunos rasgos característicos. *Signos*, 35(51-52), 33-57. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-09342002005100003>
- Echiburú, D. (4 de octubre de 1879). [Carta a J. Martínez]. Fondo epistolar Juan Martínez Bustos, Museo Regional de Atacama.
- El Amigo del País*. (4 de marzo de 1879). N° 633.
- El Amigo del País*. (6 de marzo de 1879). N° 634.
- El Amigo del País*. (8 de marzo de 1879). N° 635.
- El Amigo del País*. (11 de marzo de 1879). N° 636.
- El Amigo del País*. (13 de marzo de 1879). N° 637.
- El Amigo del País*. (15 de marzo de 1879). N° 638.
- El Amigo del País*. (18 de marzo de 1879). N° 639.
- El Amigo del País*. (20 de marzo de 1879). N° 640.
- El Amigo del País*. (22 de marzo de 1879). N° 641.
- El Amigo del País*. (25 de marzo de 1879). N° 642.
- El Amigo del País*. (12 de marzo de 1881). N° 926.
- El Amigo del País*. (15 de marzo de 1881). N° 927.
- El Amigo del País*. (17 de marzo de 1881). N° 928.
- El Amigo del País*. (19 de marzo de 1881). N° 929.
- El Amigo del País*. (24 de marzo de 1881). N° 930.
- El Amigo del País*. (29 de marzo de 1881). N° 931.
- Feliú Cruz, G. (1973). *La abolición de la esclavitud en Chile*. Santiago: Universitaria.
- Flores, P. (abril de 1880). [Carta a J. Martínez]. Fondo epistolar Juan Martínez

- Bustos, Museo Regional de Atacama.
- Godoy, M. (2016). Los prolegómenos de una crisis episódica: El cantón de Tal Tal y la ley de impuesto a la producción salitrera, 1873-1883. *Historia*, 49(2), 455-486. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-71942016000200005>
- Ibarra, P. (2007). Rafael 2.º Torreblanca Dorolea y la provincia de Atacama en la guerra del Pacífico (1879-1880). *Cuaderno de Historia Militar*, 3, 23-61. Recuperado de https://www.ejercito.cl/archivos/departamento_historia/cuaderno_3.pdf
- Ibarra, P. (2016). Castagneto P., Corresponsales en campaña de la Guerra del Pacífico, 1879-1881 [reseña]. *Historia*, 49(2), 277-278. Recuperado de <http://revistahistoria.uc.cl/index.php/rhis/article/view/21/14>
- Izquierdo, G., Fernández, S. y Fuenzalida, R. (1979). *Boletín de la guerra del Pacífico, 1879-1881*. Santiago: Andrés Bello.
- Larraín, P. (2003). *Guerra del Pacífico, algunas acciones militares*. Santiago: Universidad Gabriela Mistral.
- Linarez Pérez, J. C. (2008). El museo, la museología y la fuente de información museística. *Acimed*, 17(4). Recuperado de http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1024-94352008000400005&lng=es&nrm=iso
- Marconi, H. (1882). *El contingente de la provincia de Atacama en la guerra del Pacífico*. Libros I y II. Copiapó: Imprenta de El Atacama.
- Mc Evoy, C. (2011). *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la guerra del Pacífico*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Mellafe, R. y González, M. T. (1997). *Breve historia de la Independencia latinoamericana*. Santiago: Universitaria.
- Montecino, S. (comp.). (2003). *Revisitando Chile. Identidades, mitos e historias*. Santiago: Cuadernos Bicentenario.
- Museo Regional de Atacama. (1978). *Contribución histórica N° 1*. Copiapó.
- Museo Regional de Atacama. (1979). *Contribución histórica N° 2. En conmemoración del centenario de la guerra del Pacífico, 1879-1979*. Copiapó.
- Pinto, H. (19 de febrero de 1880). [Carta a J. Martínez]. Fondo epistolar Juan Martínez Bustos, Museo Regional de Atacama.
- Prato, C. y Román, L. (1979). El Batallón Atacama. *Contribución Histórica N° 2*. Copiapó: Museo Regional de Atacama.
- Sayago, C. M. (1973). *Historia de Copiapó*. Santiago: Francisco de Aguirre.

- Silva Castro, R. (1958). *Prensa y periodismo en Chile (1812-1956)*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.
- Vicuña Mackenna, B. (1883). *El álbum de la gloria de Chile*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- Vinatea, M. (2014). Las aboliciones de la esclavitud en Iberoamérica: El caso peruano (1812-1854). *Historia de la Educación Latinoamericana*, 16(23). Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia Boyacá.
- Zalaquett, R. (2011). Los arcos del triunfo en el recibimiento de los batallones de Atacama. *Boletín del Museo Regional de Atacama*, 2. Santiago: Dibam.